

se encuentran ubicadas. Vivimos tiempos inciertos, una era caracterizada por la globalización, la división laboral y un capitalismo empresarial transnacional, guerras civiles y dramáticos cambios internacionales.⁵

Aunque el feminismo no puede ignorar la persistente y evidente desigualdad entre hombres y mujeres, tampoco puede darse el lujo de soslayar las realidades específicas y los contextos globales que conforman la vida de las mujeres en un mundo cambiante. Apenas hemos empezado a encontrar los caminos de las diversas teorías y trabajar por medio de nuestras diferencias y aprender que hablamos de situaciones específicas y que nunca podremos hablar por todas las mujeres.

ALFREDO RICO CHÁVEZ

EL SÉPTIMO DÍA

A mi abuelo Rey, ahí donde esté.

Son cerca de las diez de la mañana y apenas abro los ojos. Es domingo. Desde la cocina llega el olor a café y me invaden unas ganas enormes de ir al baño. Como cada quince días en época de campeonato, las Chivas juegan en el estadio Jalisco y, como aficionado que soy, me dispongo, junto con dos hermanos y un vecino, a asistir al encuentro después de haber desayunado lo que mi madre nos preparó.

Antes, leo algunas noticias en el periódico: que está cerca el 8 de marzo o que las mujeres invaden las universidades y el mercado laboral; años hace que votan y son votadas: la igualdad que nos alcanza. En contraste, la realidad fuera de libros y de la autocomplacencia: suman 180 las mujeres victimadas en Ciudad Juárez; por suerte, el norte queda lejos.

⁵ *Ibid.*, p. 10.

Mi madre casi nos corre de la sala, porque hoy que es domingo saldrá con mi padre a distraerse un poco; pero el trabajo doméstico es de toda la semana, sólo que este día termina más pronto que de costumbre: para descansar. Me limito a levantar los pies sobre el sillón mientras el trapeador aparece y desaparece bajo los muebles. Son diez minutos antes de las once y todos estamos listos; con las camisetas puestas y la bandera en mano, salimos.

* * *

Ella se ha levantado desde antes de las ocho. Es domingo. Su madre le ha pedido que la acompañe al templo "a darle gracias al Señor". De regreso, como no han de tener dispuesto el desayuno para el resto de la familia, han comprado una olla de menudo después de misa. Del fútbol ni se entera, en su casa no existe la tradición futbolera de los tapatíos.

Después del desayuno, le tocó lavar los trastes. Cada quien recogió su

plato, pero para lavarlos y limpiar la mesa nadie se apuntó, si acaso se dieron cuenta. Este día es el único que tiene para lavar su ropa, así que no pierde el tiempo y se va directo al lavadero y la lavadora; claro está, después de haberle ayudado a su madre con la trapeada de la casa. Su papá fue al béisbol; sus dos hermanos salen.

* * *

En el estadio, las mujeres se han ganado un lugar importante: el derecho a la afición, aunque todavía son minoría. El nuestro ya no es monopolio. Después de ver "el panorama femenino", pedimos las primeras cervezas dobles. Abajo, aparecen las playeras rojiblancas y las banderas ondean; en la cancha también son bastantes las edecanes de cervezas y periódicos que tienen en común faldas cortas y ropa untada. Cuerpos que venden.

La escuela y el trabajo no cuentan en este momento; el partido es lo más

importante del domingo. El domingo es de descanso. Como frases inevitables: "¡ábitro culero!" o "¡fállala, pendejo!"; las más recordadas, las madres, que se escuchan por todas partes. En la tribuna de enfrente, unos hombres protagonizan la primera pelea del día. La cerveza circula. Cerca de 70 mil personas, en su gran mayoría hombres, nos levantamos para gritar el gol, brincamos, gesticulamos, cada quien como pudo. Medio tiempo, las filas en los baños para tirar litros de cerveza procesada. Más goles. Otra cerveza.

La jornada futbolera fue buena: ganamos. Salimos en peregrinación, como hormigas, bajando escaleras y esquivando gente, contentos. Antes de las tres de la tarde, luego de echar algunos pantalones a la lavadora que le encargué a mi madre, me recosté un rato antes de que iniciara el partido de las cuatro: el equipo Toros Neza enfrente al Santos. Me siento a la mesa; supongo que mientras brincaba en el estadio, mi madre fue al mercado y

preparó lo que entonces tenía frente a mí. Nos sirve casi corriendo porque mi padre, ya comido, espera impacientemente para su salida.

* * *

A la hora de los goles, ella termina de tallar y tender la ropa; pudo por fin sentarse un rato, mientras su madre regresaba del mercado y tendría que ayudarla a cocinar. Mientras preparaban, su madre le contaba historias de su juventud, de su niñez, inducía la plática para hacerle recomendaciones de cómo debería actuar en los desenfadados días de fin de siglo, cómo darse su lugar; ella la escuchaba. Pensaba también en la ropa que se pondría para esa tarde. Como por arte de magia, todo el mundo apareció a la hora de la comida. Se habló poco.

Volví a recoger la cocina. Un compañero de su escuela llamó para preguntarle algunas cosas de la tarea. Ahora, con toda la familia en casa, se reunieron en torno a la televisión du-

rante algunas horas. Domingo, al fin y al cabo, tenía derecho a descansar: la doble jornada, en domingo, se hacía jornada y media, nada más.

Apenas la primer película, ella tomó sus cosas y se dispuso a bañarse. Alguien, de la mejor manera, le pidió que primero planchara una camisa; aceptó. Casi sonaban las seis.

* * *

Es un partido aburrido y gracias al sueño que provoca la comida y las cervezas cuando no son suficientes para la bonachera, me dormí mientras en la pantalla el balón circulaba. Antes, lavé algunos trastes, pero no los grandes porque éstos no se me dan, ni las ollas ni las cazuelas; del resto de la cocina se ocuparon otras.

A las 6:30, me levanté. La escuela seguía estando fuera de los planes. Me bañé y poco antes de las siete estaba rumbo a la cita de ese día. De la ropa no me tuve que preocupar, cualquier pantalón, aquella camisa, mi madre es

responsable de hacerla llegar hasta el clóset. Tendría que tomar un camión que me llevara para no llegar tarde a su casa, donde seguro ella no estaría lista.

* * *

Planchó la camisa de su hermano e hizo lo mismo con una falda para ella, pero después ésta no le pareció la indicada para ese día. Buscó algo que la convenciera más, casi eran las siete; tomó una decisión. Faltaba el pelo y la pintura; al menos, otros 40 minutos. Su hermano, desde otro cuarto, gritó que la camisa no había quedado muy bien planchada: "mi mamá las deja mejor", se escuchó al final. Pensó para adentro lo mismo que en ocasiones anteriores: "a ver si le vuelvo a ayudar, al cabrón". En tanto, su madre le hacía algunas recomendaciones y le pedía que no fuera a llegar tarde, aunque uno de sus hermanos se hubiera ido con un solo "Dios te acompañe". Ella intentó reclamar el trato

diferenciado, la paró con un seco "él es hombre". Tocaron a la puerta.

* * *

Esperé en su sala cerca de 20 minutos, mientras ponía los últimos toques a su cara. Su madre sólo sugirió, de manera amable: "No lleguen tan noche, por favor". Salimos con la rutinaria queja del tiempo de espera y con el riesgo de no alcanzar la película. Paqué, "caballerosamente", sin dejar de hacer la cuenta de lo que representaría en mi economía de la semana. Teníamos los dos, al fin, el mismo derecho a disfrutar del otro. El domingo, o lo que quedara de él, nos pertenecía.

Los dos trabajábamos por las mañanas y en las tardes acudíamos al mismo centro universitario. Disponíamos de este día para vernos más tiempo, pero cada quien hacía sus cosas el resto del día y no contaba. Después del cine, ella evitó algún comentario sobre la película, por el miedo a quedar en vergüenza; por mi parte,

hablé sin cortapisas de mis impresiones.

Caminando de regreso, íbamos como casi siempre abrazados; sin darme cuenta la solté y tomó mi mano para abrazarse. "¿Por qué te gusta que te abrace?", pregunté; "Me siento más segura", dijo. Conversamos sobre cualquier tema. Se quejó de su madre, de sus hermanos que no eran solidarios, del cansancio de escuchar regaños más que de tallar; diciendo que ahí —conmigo, al parecer— sentía que se escapaba de esa rutina abrumadora. Yo la escuchaba y hacía lo posible por entenderla y vi en ella un poco a mi hermana. Me sentí impotente, culpable. Nos detuvimos en una conocida esquina, semioscura y solitaria. Los besos, los abrazos, las caricias salían de nuestros cuerpos, pero cada uno lo disfrutábamos distinto, el deseo no era el mismo. Sentí en mis manos como su piel se erizaba y su respiración cambiaba; mis labios junto a sus hombros la hacían inclinar la cabeza;

sus torpes manos apenas se movían sobre mi cuerpo. Yo, con la esperanza de ese día llegar más lejos; ella, haciendo inaccesibles ciertos lugares, venciendo el pudor a las ganas, calculando inconscientemente que seis meses eran pocos para dejarme avanzar. Además, no había nada seguro. Pensé en ese momento lo que Cortázar escribiera: "...como dos músicos que se juntan para tocar sonatas... Era así, el piano iba por su lado y el violín por el suyo y de eso salía la sonata... pero las sonatas eran tan hermosas". Ella pensaba más en su madre que en *Rayuela*.

Llegamos a su casa y su madre desde la sala nos esperaba. A mí, con una evidente sonrisa fingida; a ella, con una mirada inquisidora. Me despedí. En su casa, ella escuchaba nuevamente la letanía de lo impropio que resulta que una mujer ande en la calle a esas horas, mientras preparaba sus cosas para la jornada del siguiente día. Su padre, frente al televisor, parecía no

escuchar el regaño. Sus hermanos, todavía en la calle, ni se enteraban.

Mientras yo caminaba por las calles oscuras de la ciudad, con el miedo de encontrar en cualquier esquina a quien trajera entre su ropa mi muerte o al taxista de la Calzada que da aventones a ingenuos transeúntes a cambio de que se dejen tocar entre las piernas, ella doblaba la ropa que horas antes había tallado. No todo son ventajas. No se cuestionó por qué tenía que ser yo quien la acompañara hasta su casa, inconscientemente sabía que ella no me acompañaría a esa hora; resultaba absolutamente natural que fuera yo quien lo hiciera. Me acosté pensando esto.

* * *

Para esto se creo el séptimo día: para que el hombre descansara. Las escrituras no hablan de qué tienen que hacer ellas. ¿Aprovechamos?